

## Nuestras Literaturas

POR AUGUSTO ARIAS

Imposible desconocer que nuestra historia se traza como a letra conjunta, y que Pizarro, al filo de su espada, funda la Gobernación de Quito que la corona española entregó a su hermano Don Gonzalo, pero respetando la existencia de los antiguos reinos del Perú y de Quito, tal como los había reconocido Huacina Cápac a su muerte.

Quien se detiene en la Plaza Mayor de Lima, frente a la ecuestre figura del Conquistador, tendido a la postre por las armas de los mismos tercios españoles, no logra separarse de estos recuerdos de su gesta que cobran mayor viveza cuando llega, en la Catedral, a la capilla que guarda su cuerpo amarillento, y mejor si evoca los versos de Lira Girón en los que la bizarría del Capitán se apaga para el Inca, así como sus ojos de antimonio y sus barbas de cobre. "Definitivamente solitario y enteco —sin mandoble ni yelmo, ni cruz ni gonfalones— luciendo alcanforada goli-lla de algodones...— Con qué espantable gazo sus burlas muequearía— truncada y rencorosa la cabeza de Almagro:— Esta es la momia escuálida del Capitán que un día— hizo brotar a tajos la rosa del milagro!— Disecadas tus águilas te redujo el gusano— al Marquesado irónico de esta capilla exigua.— Alza la fiera mano, Capitán y tu mano— trazará desafíos como en la gesta antigua".

Si en lo material resulta imagen ilusoria la de ese raro y dilatado socavón en que los remotos siglos pudiera haber unido a Quito y el Cusco, la metáfora no deja de cumplirse por la unidad de la cultura que florecía en aquellas capitales indígenas en cuyo "destino central de ombligo" encontró Rosa Arciniega más relaciones que diferencias, aún cuando las alejase la fisonomía geo-

gráfica. Así se ofrecen también con la figuración espiritual y política que debieron tener para Huaina Cápac en cuyo testamento pidió que su cuerpo fuera llevado a Cusco para que se deposite en el sepulcro de sus antepasados, y su corazón, guardado en urna de oro, como un símbolo entero de su amor, al templo del Sol de la ciudad de Quito.

Veredas incásicas, de común origen, que asistieron al curso de los aravicos, al paso advertido del Amauta, e idéntica mitología, abierta al patrocinio de Pachacámac, mientras el canto heroico, desgraciadamente perdido, elevaríase en honor de Túpac Yupanqui o de Huaina Cápac, guerreros y gobernantes a quienes los poetas atribuirían condiciones semi divinas y cualidades míticas, como en la épica primitiva de todos los países.

Semejanzas entre la elegía por la muerte de Atahualpa, atribuída a un Cacique de Alangasí, en Pichincha, en la que lloran el viejo cáрабо sobre un corpulento guabo, y más allá, la tórtola tierna, y el llanto de las ñustas y otros fragmentos de lírica recogidos por Alomía Robles en Cajamarca. Allí, como niebla, el advenimiento de los blancos que llegaban en pos del oro, y entre los signos de la alterada naturaleza "reventaba el trueno entonces— granizo caía asaz—", el rendimiento del Inca, y el pesar que se extiende como en un llano de sangre. Aquí, el herido grito, y, en son de danza, las imprecaciones de los indios a los guerreros españoles y las lágrimas que brotan de los ojos de las indias nobles, asimismo teñidas de cordial esencia.

Juan de Velasco se refiere a la crónica de Fray Marcos de Niza, Ritos y Ceremonias de los indios y las dos líneas del Cusco y de Quito, y aún cuando se trate de documento desaparecido, valen la fé del historiador riobambeño y la certeza de iguales destinos y tribulaciones de los primitivos pobladores de nuestros países, y de sus horas de gloria y duelo reflejadas asimismo en el relato del indio Jacinto Collahuazo, reducido a polvo de arqueología o salvada a trechos por el mismo autor de la Historia del Reino de Quito.

Por otra parte, la biografía de los incas peruanos y quiteños ha de seguir buscándose en las obras de Garcilaso, a quien Alberto Espinosa Bravo llamó neo indio y agonista, vale decir combatiente. Testimonios que en tratándose del hijo de la princesa aborigen y el Capitán Español, tienen el significado de los diarios que se trazan con los propios recuerdos y siguen el curso de una relación en la cual no decae el interés por la vivacidad de los

episodios, y por cuanto el que los refiere ha sido un testigo presencial de los acontecimientos o ha escuchado la referencia patética de los esplendores y de los tormentos de los indios, de labios de sus viejos parientes misteriosos. Así el hermetismo indígena frente a la sorpresa de los nuevos tiempos, encuentra en ese homónimo del poeta eglógico del Renacimiento, un surtidor de fresca e ingenua elocuencia, y en el idioma del siglo de oro adelanta flexibilidad de sintaxis y americanos giros, y hasta ofrece algunas de sus descripciones a la novela bizantina de Cervantes, Los Trabajos de Persiles y Segismunda, aquellos amantes de aventura a quienes el autor del Quijote y El Viaje al Parnaso, condujo originariamente a nuestros lares, como una demostración de su frustrado deseo de conocernos.

Unificadas estas tierras por la cadena de los Andes que a veces se estremecen, y por razones étnicas e históricas, en la edad de la Colonia, los poetas nuestros o los avencidados en Quito y el Perú, y nutridos, por tanto, de las auras nativas que respirábamos, se rinden a las sacudidas del Pichincha, el volcán de solemne facha de atalaya y en otro tiempo ardoroso. El archidonense Miguel Cabello de Balboa que "llegó a ser muy conocido en la ilustrada Corte del Virreinato", en su comedia La Volcánica eleva a personaje mayor al vigía de Quito, para contarnos, en tono épico, de la erupción de 1575 y en su Miscelánea Antártica, especie de triángulo de la universal historia, ajusta tal figura de proporciones matemáticas, con la narrativa de la Historia del Reino y la conquista del Perú.

El Conde de la Granja, miembro de aquella especie de Academia limeña que presidía el Virrey Castell dus Rius, busca un parangón entre Quito y Lima, como excusándose de señalarlas primacía: "La primera ciudad del Perú fuera —a no haber sido Lima la primera", y acude a una imagen culterana para decir que los bostezos del Pichincha erizan hasta los pelos de la imaginación.

El un tanto incógnito Juan de Miramontes y Zuázola, en su poema Armas Antárticas, farragoso en sus octavas reales que se tienden y avanzan como a impulsos de un tardo velero, refiere historias de piratas que asolaban costas nuestras y se detiene brevemente en Quito y Guayaquil, ciudades a las que visitó sin duda, cuando en el siglo XVI no se vencía en la primera las grietas profundas de las quebradas, por más que ya se levantarán los grandes muros conventuales y comenzara a brotar la raíz del

barroco, y en el puerto, a la vera de la ría platinada, hacíase de hierros primitivos y de maderos casi náufragos, la fábrica del Astillero.

"Quito —dice Miramontes—,  
de temple grato y favorable cielo,  
que tiene por cenit la luminosa  
tórrida, curso del señor de Delo,  
cuya influencia noble y generosa  
la fertiliza y enriquece el suelo,  
así de minas de oro y ricas venas,  
que todas sus comarcas están llenas;

su puerto es Guayaquil, que circundado  
de un monte excelso, de árboles sombríos,  
de naves astillero, está ilustrado  
con un profundo y navegable río;  
de donde el tenaz ferro ha levantado  
en infelice punto aquel navío,  
navegando a Perico, vía reta  
puerto que en Panamá está en una isleta".

Luis Alberto Sánchez, en su historia de la Literatura Peruana, refleja bien como el episodio de la revolución de las alcabalas, para algunos historiadores de zahori mirada, antecedente innegable de la guerra de liberación americana, alcanzó vibraciones en la loa triunfal o en el canto narrativo de los poetas que por su actitud de espectadores próximos o de interesados cronistas de sucesos que nos pertenecen, han de incorporarse, así fuese con reservas, a la memoria de nuestras literaturas. Mexía de Fernangil compone estrofas de algún encendido vuelo a raíz de la revuelta quiteña con motivo del impuesto establecido por el Rey español que concibió la soberbia fábrica del Escorial, y Pedro de Oña, cuyo héroe, como en oposición a Caupolicanes y Colocolos destacados por Ercilla, es el Virrey del Perú D. Diego Hurtado de Mendoza, no deja de ceder al entusiasmo que le inspira la actitud de los criollos de Quito, y en varios cantos de su Arauco Domado, refiérese a tan bravo episodio.

Gaspar de Villarroel, escritor digno, como el que más, de la centuria dorada, estudia en Lima, y más tarde Arzobispo de Arequipa, en algunos de sus rasgos de pluma respirará por el lado de la nostalgia de las tierras peruanas. "El elemento criollo —di-

ce de la Riva Agüero, al tratar de los americanos en la ciudad de los Virreyes—, estaba brillantemente representado en aquel grupo con el famoso Licenciado chileno Pedro de Oña, autor del Arauco Domado; el quiteño Gaspar de Villarroel, futuro fraile agustino, Obispo de Santiago de Chile y Arequipa y Arzobispo de Chuquisaca, prosista de grandes bríos y reputadísimo orador y que, estudiante entonces en el Colegio de San Martín, rendía a la poesía feliz tributo en versos juveniles”.

Es de su estancia limeña aquella entrevista con el Virrey Conde de Chinchón, cuyo diálogo se ha reproducido para explicar el natural transigente y justiciero de Los Dos Cuchillos o Gobierno Eclesiástico Pacífico, obra de sabrosa doctrina, de flor de anécdota y divagaciones que se relacionan con la vértebra del asunto, que señalan para nuestro paisano un seguro antecedente entre los precursores del ensayo.

“Hízome un discreto preámbulo —escribe del Conde Virrey—, como paladeándome el gusto para darme un consejo. Cargó la mano en alabarme, mucho, como el diestro barbero, que antes de picar con la lanceta, la trae por el brazo. Tanto amarga en el mundo un buen consejo, que le pareció al Virrey que era bien almibararlo, siendo de tanta importancia uno que me traía. Díjome que en España ya eran conocidas mis letras; que el Supremo Consejo me había visto en el púlpito; que mis escritos andaban impresos y a estos añadió otros favores, como captando la benevolencia del oyente. Yo soy ya (me dijo) gobernador viejo; V. S. está en España conocido por las partidas referidas; lo que no puede saber es si sabe gobernar. Y así quiero darle un consejo brevísimo en que se cifra toda la razón de estado que cabe en un buen gobierno: No lo vea todo, ni lo entienda todo, ni lo castigue todo”. He procurado seguir este consejo, y débole a él toda la paz que he gozado en ocho años de gobierno”.

Prefigurados estaban ya tan hábiles recursos, tanto en su penetración política como en su destino de cura de almas, cuando escuchó la sentenciosa frase de labios del Virrey, el nombre de cuya esposa la Condesa se dió a la quina ecuatoriana que la curó de tercianas.

En otra vez, el docto quiteño expresará su predilección por el valle del Rímac. “Sin embargo —anota Isaac J. Barrera— hay que decir que en Santiago cumplía con su deber, pero muriendo”. Tengo a Lima en el corazón, son sus palabras. ‘Debió ser con agrado como recibió las cédulas y bulas de promoción para el Obis-

pado de Arequipa en 1651. Con la ancianidad sus virtudes se acrisolaron y subió de punto su anecdotario piadoso y caritativo”.

Mariana de Jesús halla tanta similitud con Santa Rosa de Lima, hasta el punto de que Barrera, en la Historia de la Literatura Ecuatoriana, afirma que fué la transmigración de su alma. La quiteña nace doce meses después de la muerte de la hija de Isabel de Oliva, y sus pasos por el mundo márcanse en paralelas huellas. Iguales prevención y sonrisa, adivinaciones de las flores de la existencia destinadas a secarse temprano; de la vanidad de las cosas y del espectro de la dicha. Idéntico acto de contrición, anticipado y sorprendente, por las culpas de las que estaban exentas hasta en el pensamiento. Disciplina parecida de cilicios y oraciones, y al cabo de la crudelísima prueba, los mismos colores nacarados y róseos en la faz adolescente y la misma alegría para acudir al concierto humano, para servir sin inmiscuirse, para curar heridas y aliviar dolores, para derramar un agua fresca, como si fuera celeste, sobre ardorosas zarzas en las que, aún sin fuego físico, suelen retorcerse las ramas del hombre.

Rosa de Lima, que hace la gloria de Don Ramiro, el personaje de Larreta, arrodillándose piadosamente y murmurando una plegaria por el alma de aquel muerto, dispondría de todas las gracias que el viejo poeta Caviedes asigna a las mujeres de Lima, de los menudos toques de belleza que las atribuye Leonidas Yerovi, y de acuerdo con el decir de Concolcorvo, preferiría en su rostro el color del jazmín al de la rosa, por ser de las mujeres “que usan menos el bermellón”, José Galvez, en romance moderno, la refleja en el fino diseño del paisaje, y junto al rosal de la primera rosa que alzó Jerónimo de Loayza con un “voto profundo”: “Y mientras como una hostia alza el prelado/ la flor,/ entre el rumor/ de espadas y rodelas, va el alado/ coro de las plegarias a María/ en la iglesia inconclusa todavía.../ “Pasan los años y en el mismo lar/ de la flor consagrada y primorosa/ una niña nació para encarnar/ la santidad de la primera rosa”. Acierta a reconocerla en su influencia, emanación de cármenes: “¡Por ella en todo hay rosas!/ Rosas en las caritas infantiles/ y hasta en los rostros de las viejecillas/ que aún recuerdan amorosas llamas;/ rosas en los marfiles/ de las manos, y sobre las mejillas/ y en la gracia y pudor de nuestras damas;/ en la aurora que adviene/ y en el sol que se va con su radiosa/ rosa entre su ceniza dolorosa/ y hasta el lucero de la tarde tiene,/ en nuestros cielos, una lumbre rosa...”

Para seguir al poeta de la barba rubia que se vistió de escarcha, si Rosa de Lima fue consolación y ayuda para el pobre y para el triste, y si por su sangre vertida en el místico suplicio y su predestinada intervención "se amedrentó el pirata,— huyó la peste y escondióse el daño", nuestra Mariana de Jesús amasa el pan de los pobres para su coro de mendicantes y se propone obra misional entre los salvajes del Oriente o retiro de ermitaña para consagrarse al culto de la Virgen en las alturas de Pichincha, y, por fin, en un siglo en el que se apagaba la esperanza y el nuevo profeta quería explicar la advertencia en el fuego de las epidemias o en el respiro de los volcanes, se ofrece en holocausto para aplacar el avance devastador de aquellas o detener la sacudida del terremoto.

Y, ambas, joviales, sencillas, se acercan a los hombres, con ese tacto de veras cristiano que es el del amor y el perdón, que confía y espera, y sabe que la causa del pecador tiene más importancia que la del ángel salvo.

Rosa de Lima que compuso preces poéticas a la Trinidad coincide con Mariana quien escribió un romance cristiano que entonaba acompañándose de la cítara, y se encuentra con ella, en su proyecto de fundación de un convento, distribuido con la meticulosidad que la quiteña empleó, en la sola voluntad de sus premoniciones, para trazar la morada futura de las carmelitas, levantada después en el mismo solar de su casa, a ras del Arco de la Reina, la primera puerta de la ciudad.

Un poco doctora mística, la flor de Lima ocupase de completar las Mercedes o pruebas interiores que hallan adelantada imagen en Las Moradas de Santa Teresa, y obedecen a una serie de figuras que representan la elevación del alma. Santa Rosa no conoce la práctica del dibujo; pero sustituye el lápiz con la "dócil tijera" para recortar los corazones de su escala, en número de quince, inscritos de leyendas y matizados de algebraico sentido, quizá en aproximación a los estados místicos de San Juan de la Cruz, figurados por sendas y montañas, y cercanos al motivo del corazón alado que con su simbolismo de la caridad ascendente llamó a Mariana de Paredes y Flores.

Ambas aspirarían, asimismo, a celestes ventanas, para continuar mirando a sus ciudades por toda una eternidad, y de sus manos, rosas o azucenas, de raíces bañadas en sangre de ofertorio, de ramas cultivadas en sus huertos familiares, continuarían floreciendo, con el pétalo sedeño y los aromas de la tradición y la

milagrosa leyenda, y sus bendicientes perfiles serían trasladados al lienzo o a la estatuaría, a partir de las primitivas pinceladas de Angélico Medoro o el Hermano Hernando.

Eugenio Espejo, el doctor indígena, escribe para su hermano el Cura Juan Pablo, dos sermones panegíricos de Santa Rosa de Lima, para el 30 de agosto de 1793 y para igual fecha del año siguiente. En ellos, nuestro dieciochesco escritor acicala con más cuidado su giro brevemente culterano, luce sus puntos de teología, y busca, en las imágenes limeñas, la biografía de Rosa, para decirnos de su viaje hacia ese subjetivo claustro en el cual se mantuvo inmune o del que parecería fácil ejercicio de su renuncia:

"Desde la cuna se observan aquellos prodigios con que pregonaba el cielo que era vaso de elección la hermosísima hija de Gaspar Flores y de Isabel de Oliva. Una Rosa, encendida a soplos de la caridad divina, brillaba sobre su rostro, y este no era otra cosa que un jardín abreviado donde se producía aquella flor, símbolo, precursora risueña de la mortificación y austeridad, del candor y la inocencia, últimamente de la suavidad de las virtudes más elevadas. Desde entonces se absorbe en otro el nombre que se le dió al entrar en el gremio de la Iglesia, y ya no es Isabel la tierna niña para su madre, sino purpúrea Rosa de todo su amor; de donde, viniendo a ser un prodigio el eslabón de otro prodigio, véis allí, señores, que inspirado del espíritu de luz el Santo de Mogrovejo, la confirmó en la fe que recibió en el bautismo, con el plausible nombre de Rosa".

"Una llama voraz abrasa y consume las manos en los guantes; un agudo alfiler punza y penetra las sienes en la corona que, de verdad, fue como el áspid, que muerde oculto entre las flores. Una loza enorme, de propósito derribada sobre el pie, quita la acción al cuerpo, y rompe la porfía de verificar una visita. Un cabello, cortado con desaliño, disminuye el auge de la hermosura, y arranca de raíz los lazos tendidos a la virtud. Así triunfa la prudencia de Rosa, en la sublimidad de la fe..."

De que no fuera la Amarilis perutana, (Doña María de Alvarado), quien escribió al enamorado Lope la Epístola a Belardo, trataron los investigadores. Pero el testimonio de Menéndez y Pelayo la recomienda y la consagra, y aparece a distancia, como las mujeres atractivas de saya y manto, mirando como con un solo ojo que puede parecernos burlón o apasionado, Lope respondió en misiva poética a Amarilis Indiana y llevó a la quiteña Jerónima de Velasco a una de las hojas de su Laurel de Apolo, por



más que de esta musa pichinchense no quedara ni rastro, y algunos opinaran en el sentido de que el de las comedias y las novelas, el Fénix de los dramas y el romancista de La Barquilla, diérase a buscar en estos lares otro nombre para la ilustración de su suerte sin tregua u otra cuenta más que su luengo rosario de galantería. De cualquier modo, quedan los hiperbólicos endecasílabos del que escribió por encargo de Violante, en un ajustado soneto la receta para componerlo:

"Parece que se opone a competencia  
en Quito, aquella Safo, aquella Erina,  
que si doña Jerónima divina  
se mereció llamar por excelencia;  
¿qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia,  
podrá oponerse a perfecciones tales,  
qué sustancias imitan celestiales?  
Pues que con manos bellas  
estampan el Velasco en las estrellas".

Así, Amarilis peruana o Daña Jerónima quiteña, reales o imaginadas, su memoria revuela entre los pergaminos de la casa de Lope, entre las flores de su jardín de pozo ciego y puerta para fugar, y anuncia el advenimiento de cantoras que encantarán, desde Sor Juana, de gongórica sapiencia, hasta la doliente Dolores Veintimilla de Galindo.

Afinidades más que vecindades encontraron los ecuatorianos en la ciudad de los Virreyes que se abre a graderías españolas y a los azulejos de Marquesas y a mínima capilla toda de oro en el Palacio de Torre Tagle. Que tiene menudo barroco, en columnillas varias y en pulidos de hornacina en las fachadas de sus iglesias. Que guarda lugares de mística gracia, como en el huerto de Rosa, o románticas escapadas de Virrey en la morada de la Perricholi. Que mantiene soportales de su Plaza Mayor con los típicos nombres de botoneros y escribanos. Que alza, en Miraflores, el busto de Ricardo Palma en cuyo breve pedestal se graban los versos de José Gálvez. Que se extiende hacia el Rímac, en alguna semejanza con los rincones quiteños y en calles de zigzag y de apretura, por las caules asalta a veces, con su ojo de negro brillar, alguna memoria de la tapada. Ciudad que busca al mar por sus próximas carreteras. Ciudad sin lluvia en donde ha de combatirse el nacimiento del paraguas del hongo con la intimidad de la estufa.

Los altos del viajero de nuestras lindes, se marcan, por eso, como por modo natural, en Lima, José Mejía revalida sus grados en esta Universidad, antes de salir para España, en donde de su palabra alcanzaría influjo y la causa de la independencia de las colonias, impulso cierto mantenido con los mismos argumentos de los derechos peninsulares. Olmedo es profesor de Literatura en la capital peruana, y en los entretiempos de su docencia, en sus conversaciones con escritores y poetas, en sus andanzas de meditando que gustaba de pasear, como se ha dicho, con un Horacio en el bolsillo; en sus experiencias de la mocedad y de la juventud, descubre o afirma su épica vena, su elegíaco tono, su lírico tema de sentencia.

Así traza los heptasílabos del romance de su autoretrato, la elegía en la muerte de la Princesa de Asturias, la loa al Vitrey Abascal, la oda El Arbol que diluye alguna filosofía política, y, escrita en 1809, el año del primer grito quitense, habla sobre la inquietud universal y los dioses de la libertad que avanzan... Desde aquí, hogareño y fraterno, envía su carta a Magdalena: "Mi corazón es tuyo,/ mis afectos, mi vida;/ pero todo esto es menos/ de lo que tú mereces todavía./ Mis tiernas expresiones/ reparte a la familia,/ adios. Tu amante hermano/ Octubre veintiséis, escrita en Lima".

En su canto mayor La Victoria de Junín, escenarios peruanos desfilan o se quedan perpetuados en la tesitura de la silva, así en el combate de sable y lanza que se libra en la llanura con armas cortantes y punzantes que recuerdan a las de La Ilíada, como en esa batalla casi caballeresca, afirmación y sello de la libertad americana, la de Ayacucho, dirigida por el Mariscal Antonio José de Sucre y que parece inspirarse al propio tiempo en el ímpetu de Bolívar y en la templanza del filósofo armado.

"Allí Bolívar en su heroica mente  
"Alí Bolívar en su heroica mente  
mayores pensamientos revolviendo,  
el nuevo triunfo trazará, y haciendo  
de su genio y poder un nuevo ensayo  
al joven Sucre prestará su rayo.  
Al joven animoso,  
a quien del Ecuador montes y ríos  
dos veces aclamaron victorioso".

Banderas de Perú y Colombia desplegadas al aire que turba a las legiones contrarias, y en son de intervenciones maravillosas, —la máquina de los clásicos— el Inca que surge de su fosó secular, redivivo y emplumado, con penacho, carcaj, flechas y escudo, para el augurio de la victoria. Bolívar, "que el paso lento mueve sobre el collado que a Junín domina". La Libertad que en sus oráculos proclama sobre el Tíber y el Eurotas al Madalén y al "Rímac bullicioso". Y cuando el héroe ha llegado al final de su hazaña, el poeta que pide a la opulenta Lima abra sus puertas y abata sus murallas para recibirlo, mientras él resuelve volver a su "flauta conocida", a su poética vagancia por el bosque umbrío de naranjos y opacos tamarindos, o entre la floresta pintada y olorosa que matiza la margen de su río, o entre risueños campos en donde la piña se ostenta en "trono piramidal", para decirse feliz si merecieran una mirada tierna de las gracias y una sonrisa de la Patria suya.

Es descubrimiento de los papeles inéditos de Olmedo que se guardan en Lima, cuya autenticidad ha señalado Estuardo Núñez para un estudio próximo y revelación de nuevos, por antes desconocidos, brotes de su canto en lo que pronto celebraremos afirmado prueba de la fraterna vida de nuestras literaturas.

La poseía de la edad de la independencia, un tanto juglaresca y anónima, produce ovillejos, cuartetas y décimas como aquella que brota en Lima, en respuesta a coplas arequipeñas y con las señales de testimonio de nuestras ciudades. "Con un tesón inaudito/ se sostiene Santa Fe/ y Caracas ya se ve/ que también tocó su grito/ Lo mismo hará en breve Quito,/ Guayaquil le ayudará./ Cuenca se arrebatará/ muy luego, pero entretanto,/ arrebujada en su manto/ ¿la Zamba vieja qué hará?/ que recoge en su Literatura Peruana, Augusto Tamayo Vargas.

Al amparo de aires del Rímac desarrolla Numa Pompilio Lloña, con recuerdos caucanos y memorias de los caminos de tierra y de las rutas fluviales, algunas de las imágenes de su Odissea del Alma; con bien asimiladas influencias de Byron del Chil de Harold especialmente, como observa E. Núñez en prensas limeñas imprime sus Cien Sonetos Nuevos. Y en veredas que se extienden hasta Chorrillos, mece Juan Montalvo, en estadía pronta, su congoja de desterrado, su nostalgia de Europa, su propósito de un viaje nuevo al Viejo Mundo. Es la época en la que se agitan las inquietudes de González Prada, espíritu semejante por la reciedumbre, el anhelo de sanear y el tono moralista de la polémica. El González Prada de Páginas Libres, el Don Manuel que cir-

cula y acciona por los capítulos reviviscentes de la biografía de Lujs Albero Sánchez, tanto en el encendimiento de su palabra que suscita, como en la poesía original y anunciadora, vertida en formas que a partir de los clásicos modelose aliberábanse con brisa revoltosa, y se comprimían, con humor y cólera, en los grafitos, o alcanzaban aforística intención, ternura amorosa, tinta descriptiva, filosofar profundo o recuerdo de los seres y de las cosas, en las balatas y las canciones, los estornelos y las redondillas, los ritmos sin rima y los romances, los rondeles y los sonetos.

Poetas de la edad modernista fueron a tomar el pulso de la virreinal ciudad, de la que Alberto Guillén dijera que no era de reyes si no de reinas; a desfilar bajo sus persianas y sus labrados balcones, a encerrar en alguna estrofa sus crepúsculos de rosa o para la cadencia de su melancolía la leve neblina de sus mañanas o de sus atardeceres. Wenceslao Pareja, el de Voces Lejanas, al detenerse en el puente del río limeño, comenzó a golpear, urgido por la remembranza, los pareados de su canto al Guayas: "La voz del río es lenta, la voz del río es grave/ el Patriarca barbudo viejas historias sabe./ Hay en las vibraciones de sus rudos acentos/ ecos de tempestades y rugidos de vientos/ y voces de las nieves de los montes lejanos./ En las límpidas fuentes y en los negros pantanos,/ el agua que fue nube y el agua que fue hielo/ se dicen en secreto la nostalgia del cielo". Medardo Angel Silva, melodioso epígono de Darío, obsesionado por el pensamiento de la Muerte, de la Dulce Hermana Tornera, acércase a Abraham Valdelomar, de alguno de cuyos poemas de elegante dolor y música cinérea se prendara; reproduce sus líricas cuartillas en "Renacimiento" de Guayaquil; recoge sus leyendas de impresionantes improntus y gusta de sus gestos estilizados; de la cinta que cuelga de sus anteojos para sostenerse en el ojal de la americana, enlutada cinta a la que él también se acoge, como si fuera de la Orden de Nuestra Señora la Tristeza; le dedica unas estrofas, Las Voces de la Sombra, en su primer libro "El Arbol del Bien y del Mal": "Está en el bosque sonrosada,/ la luna de la madrugada./ El negro bosque rememora/ lo que miró desde la aurora". Va por el tiempo, captador de ramos agraces y de ramas finales, y amigo de Enrique Bustamante y Ballivián, como el Verleniano y con aires de Samain, envíale, consagrando a su nombre, la "Balada de la melancolía otoñal": "Ya en la otoñal y brumosa alameda/ vuelan los últimos cálices de oro/ y en tus nerviosas pestañas de seda/ queda temblando una lágrima de oro./

Dime la vieja leyenda armoniosa/ que habla de aquella Princesa difunta:/ así pondremos mortaja de rosa/ a la divina Esperanza difunta.—/ Pálido amor que los sueños enlutas,/ torna el mirar a la luz de la vida:/ viene a nosotros por místicas rutas/ la barca negra del mar de Ultra-vida./ Hacia la noche voló nuestro sueño/ —blanca hipsipila con alas de gloria—/ pero en el claro jardín del Ensueño,/ velan las puras estrellas su gloria”.

Varios años ha, visitamos en su retiro de El Barranco a José María Eguren. Allí, cerca del mar que se remansa o salta en sus caballitos de agua, espumosamente crinados, vivía el poeta entre sus lecturas y sus recuerdos, entre sus imágenes y sus fantasmas; dando luces simbolistas a los seres de su graciosa reminiscencia, colores atenuados al mundo de sus alegorías; figuras a sus hadas; presencia enharinada, como de polvo de calavera en su Tarda mortal, mientras en Quito, un cantor afin, Humberto Fierro, pulsaba su Laúd en el valle o encendía luces antiguas, proyectándolas en el presente, para su Velada Palatina. Fierro miniaba, retejía su verso, y para las mujeres que había visto, buscaba trajes y ademanes de las heroínas distantes o de las damas pulidas. Hay semejanza en la voz, en el aliento que anima cuentos y despierta romanzas, en el decantado cuadro con perfiles de pretérito, y en el sonriente desencanto de comprender, entre el autor de “Simbólicas” y el poeta de La Nayade.

Abrimos, al azar, libros de José María Eguren y Humberto Fierro, para oírles de nuevo, para seguirles en sus palabras sin estridencia y en sus recuerdos que parecen bañarse de un sol como de oros viejos.

Eguren escribe en La Tarda: “Despunta por la rambla amarillenta/ donde el puma se acobarda;/ viene de lágrimas exenta,/ la Tarda./ Ella del esqueleto madre,/ el puente baja inescuchada;/ y antes que el rondín ladre/ a la alborada,/ lanza ronca carcajada./ Y con sus epitalamios rojos,/ con sus vacíos ojos/ y su extraña belleza,/ pasa sin ver, por la senda bravía,/ sin ver que hoy me muero de tristeza/ y de melancolía.—/ Va a la ciudad que duerme parda/ por la muerta avenida,/ y sin ver el dolor, distraída/ la Tarda”.

Humberto Fierro, en “Retorno”: Llegó de lejano país/ el compañero,/ que vimos partir del país/ un mes de enero./ Conversa

afectuoso y está/ encanecido./ Al lado de un plano que está/ da-  
do al olvido. ¿Por qué su sonrisa infeliz/ al sol que muere?/ Nos  
calla que ha sido infeliz,/ ¿ya no nos quiere?— El viento deshoja  
el jardín/ hoy mustio y viejo,/ y él ve amarillear el jardín/ en el  
espejo”.

·Eguren canta en El Pelele:

“Las princesas rubias al triste pelele  
festivas marean en cálida ronda;  
y loco se duele,  
veloz acompasa la giba redonda  
y los cascabeles, la turbia mirada,  
la pez purpurada.  
Las gentiles lucen divinos destellos,  
vibrando a la vuelta de crócalos bellos,  
con risa ideal;  
y flotan corriendo, lumbrosas las sayas  
en las rondinelas y las faramallas;  
y canta el aroma azul, virginal...  
El toque principia de las tarantelas  
las danzas caídas y las paralelas,  
memorias trayendo de Weber lejano,  
la monotonía del triste cingano  
y el fugaz amor;  
y baila el remiso temblando de horror.  
Cuando centellea la luz colorada,  
le dan al pelele la zumba palmada;  
recuerdan la ronda: la dúlcida y bella,  
la risa galante sentida en Marsella  
en tiempo remoto del mágico Flor;  
la música dulce, lilibal de Dinorah,  
el canto del cielo; Mireya que adora  
y el son matinal,  
de los provenzales la dicha, la calma;  
y el pobre pelele se muere del alma,  
de escondido mal.  
Las princesas rubias pasaron el día  
cantando placeres con la tristecía

en la rondinela de la juventud;  
y en el gorigori llevando sin duelo,  
del pobre pelele caído en el suelo,  
el triste ataúd”.

Fierro, en su poema del Mes de María:

“La campana dolora  
que esparce golondrinas,  
borró esa soñadora  
visión de bailarinas.  
La iglesia rusticana  
tenía el aire denso  
y una dulzura arcana  
las hijas del incienso.  
Y niños de un cuento de Perrault, allí  
cantaban la gracia de la Mere Marie.  
Florece en rosas su canto infantil  
uniendo al melodio su salmo de abril.  
Y espere la salida soñando en un rondel  
que dar a los cabellos que son color de miel...  
Pasaba la Fortuna  
con sus floridas huellas,  
seguida de Pierrot,  
y se baño la luna  
y lágrimas de estrellas  
la iglesia de Corot”.

Parecida entonación la del poeta José María Eguren, tan sagazmente estudiado por Estuardo Núñez, a la de Humberto Fierro que demostró su gusto penseroso y su afición para tejer los hilos sutiles del gobelino.

Y, en intercambio de noticias y de libros, en simpatías y diferencias, en conocimiento de persona o saber de sus páginas, entre otros, Ventura García Calderón, par de Zaldumbide, por la amistad y el estilo de levedades y concentraciones. José Gálvez, Alberto Ureta y aquellos que figuraban en el grupo de Los Protervos que conocimos cuando recién nos apuntaba el bozo de la prosa y de cuyo chocolate compartimos en una noche. José Carlos Mariátegui y César Vallejo. Alberto Guillén, el aquilino,

al margen de cuyos libros escribimos un ensayo, penetrando en su yoísmo sin impertinencia, siguiéndole en sus meditaciones de Deucalión y en su lámpara de bolsillo para buscar, como Diógenes, entre los hombres, el hombre. Y, de antiguo, Luis Alberto Sánchez, gran viajero por los libros y los paisajes e historiador de nuestras literaturas afines. Luis E. Valcárcel, que tanto sabe de leyendas incas, de las viejas culturas del Perú, del Ayllu y de Garcilaso. Jorge Basadre, sutil ensayista de la historia. Y Raúl Porras Barrenechea que afina el estilo de Lima. Y Rosita Arciniega que llegó en un día hasta nuestro balcón de los Andes, con sus cuentos y sus cantos. Y Estuardo Núñez, en cuyas páginas revienta la flor varia y amena del ensayo. Y Luis Fabio Xammar, siempre de presencia en sus estudios y sus poemas. Y José Alfredo Hernández. Y Alberto Tauro. Y Augusto Tamayo Vargas, de obra que hasta en la erudita medida, es camino de poesía. Y Manuel Suárez Miraval, Fidel Zárate, Arias Larreta, Sebastián Salazar Bondy... y Ciro Alegría, el novelista del río Marañón y el que acertó antes de empezar, en la medición del mundo ancho y ajeno. Y Fernando Romero, y José María Arguedas y José Varallanos, y Esteban Pavletich y Emilio Vásquez.

Afinidades o relaciones que vuelven a encontrar su hilo coercible. Paisajes iguales y figuras de humus semejante de nuestra plástica, y aún, sin desmesurar el aprecio, procedimientos que señalan comunidad de sentir y parentesco de motivos desde los tiempos coloniales en los cuales la escuela de pintura quiteña y del Cusco distinguíanse por más de un parentesco. Novela también de personajes indígenas y poema subjetivo que refleja en su espejeante metáfora similares estados de ánimo o rostros del espíritu.

Escritores peruanos que se ocuparon de nuestras realidades y leyendas, de la tradición y la aspiración, pudieran citarse en un ensayo de marcha menos ligera. Pero aquí sólo hemos de recordar, como para una teoría de orígenes y de felices continuaciones, como don Ricardo Palma trabajó amorosamente con la leyenda del Cristo muriente de nuestro Miguel de Santiago, mientras su habitual sonrisa parecía contenerse en cierta admiración frente al pintor irascible y apasionado, para volver a reír o a ponerse jocundo, cuando nos contaba de los mosquitos de Santa Rosa.

Escritores peruanos con los cuales hemos conversado en estos días coinciden con nosotros, en las afirmaciones acerca de que un capítulo de literatura comparado de nuestro países ofrece para



su cumplida marcha no sólo la comunidad de los motivos sino también y de modo singular, las semejanzas de los problemas y el acento igual del espíritu y los caracteres afines de las fisonomías objetiva y subjetiva. Razones de sobra para nosotros en el anhelo mejor de conocernos mejor que nuestros libros y en las palabras concurrentes de nuestro pensamiento.



Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»